



## *Ir a los cumanos*<sup>1</sup> *Capítulo General de Cracovia*

Vicente Couesnongle describió el deseo de Santo Domingo de ir a los cumanos como “un espíritu, una fuerza, una energía en lo más íntimo de nuestro ser, que nos deja siempre insatisfechos con lo que hacemos y con lo que somos”. Preguntaba: “Si este grito de fray Domingo -'voy a los cumanos'- estuviera vivo en nosotros, si nos atormentara sin cesar, nuestras comunidades, nuestra vida con Dios a favor de los demás, ¿no serían totalmente diferentes a lo que son?” Nosotros, como Santo Domingo, hemos de estar dispuestos a llevar nuestra vida con Cristo a un mundo que no tiene fe.

Nuestra visita a Auschwitz nos ofreció un ejemplo de exclusión extrema, que no terminó hace sesenta años. Nuestro mundo ha sido siempre un mundo de conflicto, pero ahora éste es global: un nuevo (des)orden mundial, desigualdades masivas, xenofobia discriminatoria y sanguinaria, ataques frecuentes a los derechos más fundamentales a la vida, riqueza obscena en medio de una miseria extendida, epidemias apenas reconocidas e insuficientemente atendidas. Albert Camus, dirigiéndose a los frailes franceses después de la Segunda Guerra Mundial, les recordaba que “en este mundo hay belleza y están también los humillados. Debemos esforzarnos -decía- por no traicionar ni a la una ni a los otros”. Hay personas tan atormentadas por las injusticias en nuestro mundo, que olvidan que el sol ha salido por la mañana; hay otras tan arrebatadas por la belleza, que se ciegan ante los sufrimientos de los demás. Estos son algunos de los problemas que se nos presentan, que provocan preguntas ante las cuales no tenemos respuestas completas. Con todo, como Orden de Predicadores, debemos responder, no sólo con palabras, sino con la Palabra que vive en nuestras vidas. Debemos esforzarnos por no traicionar ni a la belleza ni a los humillados.

¿Nos atrevemos a imaginar cómo podrían cambiar con ello nuestras vidas? ¿Nos atrevemos a avanzar más allá de nuestros temores en un mundo de alertas terroristas? ¿Nos atrevemos a actuar en una Iglesia que tiene a menudo la tentación de cerrarse ante esa “comprensión más plena y más profunda”, que Juan XXIII, al convocar el Vaticano II en 1959, soñó que vendría con la “discusión” y la “confrontación de las ideas?” ¿Corremos el riesgo de dejarnos llevar más allá de la seguridad de lo que sabemos, de atrevernos a salir de casa y entrar en las de aquellos que no conocemos, de descubrirnos desconcertados y acallados? Porque este silencio es creativo: es el silencio de nuestras monjas; es el silencio de los que no tienen voz, que nos invita a entrar en otro mundo.

Entrar en este otro mundo es descubrir que somos sólo una pequeña parte de un mundo en el que la palabra liberadora viene de otro lado. Viene de quienes están en los márgenes de la sociedad. Viene de quienes en nuestro mundo tienen preocupaciones más grandes que ellos mismos, que cuidan de la creación y el medio ambiente, de los encarcelados y de los que sufren, poniendo a menudo su propia vida en riesgo. Entrar en este mundo es abandonar la ilusión del poder para “dejarse poseer por los otros”. Hacer esto es aprender la humildad, ser dóciles ante la sabiduría y las palabras que vienen de la experiencia de otros, en lo cual nosotros, predicadores, recibimos mucho más de lo que damos.

Como Domingo, no somos sino mendigos que esperan en silencio una palabra de Dios y de los demás.

Es importante que nos atrevamos a aprender con otros cómo Dios se les ha comunicado y aprender de ellos los lenguajes que necesitamos para nuestra predicación. Esto es importante si es que hemos de ser testigos de una vida que no puede ser experimentada sino como don y misterio.

Predicar en este mundo es compartir la vida, la esperanza y la promesa que palpitan en el mundo de los otros. Predicar en este mundo es caminar en la frontera entre compartir la vida de todos ellos y compartir la promesa de la salvación, llevándoles la buena nueva de Jesucristo y descubriendo que Él ya ha ido a Galilea antes que nosotros.

En este mundo tendremos algo que decir, sólo si se trata de una palabra por la que hemos sufrido, una palabra por la que hemos luchado y una palabra por la que hemos orado. Y esta respuesta -como la del centinela de Cracovia, cuyo toque de trompeta se interrumpe abruptamente cada hora- podría ser una palabra que termine en el silencio como única respuesta adecuada ante el sufrimiento de la humanidad o ante la inmensidad del misterio.

Es justamente en esta encrucijada de fronteras, a menudo con temor, pero sostenidos por la promesa del Evangelio, donde creamos el espacio para que los demás compartan sus temores y su esperanza, lo cual nos prepara para la predicación, nos prepara para entregarles una palabra de esperanza.

Somos portadores de la Palabra de Dios hecha carne, un don que expresamos con frágiles palabras. Nosotros hacemos el lenguaje y el lenguaje nos hace a nosotros. Muchas palabras, como 'terrorismo', 'libertad', 'seguridad', 'mal', son hoy retenidas en cautiverio por formadores de opinión, demagogos y fundamentalistas. Las palabras han sido corrompidas para crear un mundo de temor, en orden a legitimar un mundo de poder. Como lo hemos visto por el papel que jugó en la transformación de Europa Central y Oriental, la Iglesia, a la que amamos y somos fieles, es un lugar de la palabra valiente y verdadera.

Pero la Iglesia se halla a veces también herida por el silencio cuando teme enfrentar *quaestiones disputatae*. Nuestra dedicación a la *Veritas* nos impulsa a animarnos a enfrentar esas cuestiones con confianza y humildad. Como predicadores, estamos llamados a buscar con valentía y creatividad las palabras que habrán de romper el silencio. Como predicadores, estamos empeñados en la liberación del lenguaje, a fin de que cumpla su auténtico papel de servir a la verdad y explorar las fronteras. Como predicadores, estamos comprometidos en un ascetismo del cuidado en el uso del lenguaje. Como predicadores estamos entregados a una vigilancia incesante en defensa del lenguaje. Como predicadores, rompemos el silencio para llevar la luz del Evangelio a la experiencia humana.

En Auschwitz-Birkenau los rieles del tren terminan en las ruinas de los hornos: el fin de la esperanza. Pero hubo quienes sobrevivieron al campo de exterminio, y aún hoy hay allí signos de vida: flores y pájaros y un memorial, que es también -como nos lo recordaba nuestra guía- una protesta contra cualquier otra "solución final".

Auschwitz no ofreció ninguna resurrección, pero nuestra predicación ofrece esperanza. La fe, en una sentencia atribuida con frecuencia a San Agustín, sólo nos dice que Dios existe, y la caridad sólo nos dice que Dios es amor. Pero la esperanza nos dice que Dios cumplirá su designio. La esperanza tiene dos amadas hijas, la ira y la valentía: la ira, de modo que lo que no debe ser, no pueda ser; la valentía, de modo que lo que debe ser, sea.

Únicamente en esta esperanza tendremos algo que decir. Sólo así podemos romper con valentía el silencio de una sociedad que no presta atención. Sólo así podemos valernos de esa ira para confrontar la 'conciencia dominante' de quienes nos dicen lo que hay que pensar. Sólo así podemos desafiar los falsos absolutos, enfrentar el futuro sin miedo, y decir la verdad incómoda que a la vez consuela y libera, y que procede de nuestra contemplación de Cristo crucificado y resucitado.